

Queridos Alumnos, Querido Padrino [Querida Madrina] de la Promoción, Queridos Familiares, Autoridades Académicas, Profesores y Personal de Administración y Servicios, Señoras y Señores:

Hoy hacemos realidad festiva aquello del “feliz ayuntamiento de maestros y escolares hecho en algún lugar, con voluntad de entendimiento y de aprender los saberes”, que en las *Siete Partidas* definió el rey Alfonso X el sabio. Nuestra gran reunión en el campus de Cantoblanco de la Universidad jesuita de Madrid es aún más feliz porque aquí están también las familias. Estamos alegres y en nombre de todos os doy la felicitación que merecéis por haber alcanzado la meta. Es vuestro día y espero que lo que aquí viváis lo llevéis dentro como viático para el viaje que aquí comienza y en el que estáis llamados a cosas grandes, porque sois de Comillas. Pero también es un día para compartir con los que bien os quieren. En ese sentido, mi felicitación quiere alcanzar también a vuestras familias que obviamente han sido parte esencial de vuestra decisión en la elección de la carrera y de la universidad, y han estado con vosotros a las duras y las maduras. Enhorabuena y gracias por su confianza.

Mucha gracias también a vuestro padrino (madrina) por su generosidad y sus inspiradoras palabras de sabiduría y afecto. Y al compañero(a) que os ha representado con la solvencia y el cariño que os merecéis.

Somos seres en el tiempo con capacidad para hacer memoria y recordar el pasado para saber quiénes somos y de dónde venimos, y seres con capacidad para anticipar y preparar el futuro, de apostar e invertir para lograr algo en el porvenir. Y es que –como escribió el filósofo danés Sören Kierkegaard– “la vida solo puede ser comprendida mirando hacia atrás pero ha de ser vivida mirando hacia delante”. Esa doble relación con el tiempo es lo que a la vida humana su carácter biográfico más allá del biológico; biografía que es singular e intransferible, pues nadie viva la misma vida, aun cuando los contextos geográficos o formativos sean los mismos o aunque cuando la dotación genética sea idéntica.

En nuestro mundo globalizado y digitalizado la importancia de “hacer memoria” aún es más grande, pues la orfandad contemporánea produce ruptura en lo que debía estar ligado y unido; la experiencia de la discontinuidad y la fragmentación hace muy difícil nuestra unidad narrativa, aunque no nos demos cuenta. Frente a la tendencia actual de obtener rápidamente resultados inmediatos sobre arenas movedizas que pueden producir “un rédito fácil, rápido y efímero, pero no construyen plenitud humana” (EG, 224), y no dan “continuidad”, os invito a “hacer memoria”, para ver de dónde venís, para ir a las raíces, para no cometer los mismos errores del pasado y para apostar por los logros que os ayudaron a superar las encrucijadas en que estuvisteis.

Me gustaría hoy que, cuando reconocemos el mérito de vuestro esfuerzo, le deis prioridad a la memoria no de lo mucho que habéis hecho para lograrlo sino de lo mucho que habéis recibido de tanta gente para llegar hasta aquí. El que siente que lo más valioso de su vida lo ha recibido, cómo no va a querer celebrarlo con alegría y responder con generosidad. Eso sí, solo se puede celebrar y responder de ese modo desde el agradecimiento humilde, no desde el orgullo o la prepotencia.

Es muy bueno reconocer los errores y los malos momentos para aprender de ellos, pero aún es más decisivo reconocer los dones que recibimos para agradecerlos interior y explícitamente, porque la gratitud silenciosa aprovecha bastante menos al que agradece y

nada a quien tendría que recibirla. Siendo agradecidos alimentamos además el deseo de actuar bien cada día. Es el mayor nutriente de la motivación para hacer las cosas recta y correctamente, la cual reside dentro de nosotros mismos. Los medios externos pueden y deben ayudar, además los necesitamos para vivir, pero si no hay deseo y pasión interior, ningún medio externo—ni salario, ni prestigio, ni poder—os podrá motivar. Es más, si esperáis recibir incentivo por ser o para ser buenas personas y actuar honestamente, estaréis abocados al fracaso y os llenará el vacío. No olvidéis esto, por favor, en vuestros trabajos y en vuestras relaciones personales.

Porque habéis estudiado en esta institución os pido compromiso con lo esencial de la vida. Elegisteis una Universidad exigente, donde habéis experimentado lo que es la renuncia y sacrificio, donde no se os ha vendido humo ni se os ha tratado como clientes a quienes hay que mimar para que estén contentos, y eso tiene que marcar vuestro recorrido profesional futuro. No dejéis que os engulla la soberbia ni la gloria vana ante lo que vais alcanzando, ni tampoco la tristeza de lo que podíais haber hecho mejor. Mantened el pulso del esfuerzo, sed agradecidos por los talentos y las oportunidades, tened los pies en la tierra (tierra se dice *humus* en latín y de *humus* viene la palabra humildad) y no aceptéis que nadie —tampoco los que sean jefes vuestros— os lleven a hacer algo contra vuestra conciencia. Ahí me parece que están las claves esenciales de la memoria viva que os lleváis de estos años y que este acto aspira a grabar en vuestro corazón.

Ahora bien, no solo tenemos una memoria de la propia vida y del camino recorrido por cada uno. Está la memoria de un pueblo como parte esencial de su cultura; la memoria que no es “mero registro de la historia” sino potencia integradora de ella; y la tradición como “la riqueza del camino andado por nuestros mayores”. Ambas —memoria y tradición— “no se clausuran en sí mismas, sino que se abren a nuevos espacios de esperanza para seguir caminando” (Francisco).

En estos tiempos bastante complicados y más bien confusos que corren a velocidad supersónica, pensando en nuestra patria, estimo que la etapa difícil pero exitosa de la Transición a la democracia tras décadas de franquismo debería jugar un papel de horizonte de posibilidad y estímulo para superar la crisis política e institucional que ciertamente no es una crisis solo nacional, sino que está ubicada en la crisis de la época que vivimos.

En la Transición, nuestros mayores hicieron política del bien común, con acuerdos que exigieron sacrificios, generosidad y confianza mutua, no se dedicaron a tanteos de salón o meros cálculos de aritméticas baratas basadas en el interés particular de algunos líderes políticos, sociales o incluso eclesiásticos. Si se hubieran regido por sus cálculos de interés particular no hubieran alcanzado el consenso constitucional ni los Pactos de la Moncloa, ni el Cardenal Tarancón, por ejemplo, hubiera tenido la valentía que tuvo al liderar el apoyo trascendental de la Iglesia a las transformaciones del país. Yo cada vez le doy más valor y presencia a este tiempo reciente de nuestra historia. Me parece importantísimo que os lo sepamos transmitir a las generaciones jóvenes y que vosotros lo queráis entender. No debemos permitir que ese gran patrimonio moral se arroje por la borda o se desprecie por el olvido, la ignorancia o la demagogia de quienes no han hecho nada de valor por nuestra nación y ahora quieren erigirse en salvapatrias y únicos representantes autorizados del pueblo.

Desde luego, no se trata de repetir miméticamente lo allí realizado, ni de mirar nostálgicamente a aquellos tiempos cayendo en la melancolía. Los parámetros que

marcan el terreno de juego político o económico han cambiado profundamente sobre todo a través de la globalización y la digitalización. Pero ¿acaso han caducado los valores fundamentales? Creo que no. Las nuevas posibilidades de la cultura digital deben ser utilizadas por la política y la economía, pero los valores de servicio público y de búsqueda de la verdad y del bien común no están periclitados ni van a pasar de moda. Por eso lo principal es extraer lecciones vivas de la historia y con ese bagaje sentirnos confiados en que podemos construir juntos convivencia, asumiendo los nuevos retos y poniendo hoy acción, reflexión y decisión en funcionamiento para ir haciendo camino de futuro, en el presente y apoyados en lo que hemos aprendido del pasado, como anamnesis positiva y constructiva de valores que no caducan. Afortunadamente los españoles sí tenemos una gran experiencia que cambió el rumbo de la tendencia cainita de nuestra nación, la Transición, y una memoria de que la entrada en la Unión Europea fue para nuestro país un seguro democrático que nos ha dado la etapa de libertad y prosperidad más sostenida de nuestra historia. Ojalá no arrojemos ese gran patrimonio cultural y moral por la borda.

Decíamos que “la vida solo puede ser comprendida mirando hacia atrás pero solo puede ser vivida mirando hacia adelante”. Y hoy parece que levantar la mirada es ver “crisis”: crisis económica, crisis de las instituciones, crisis de la familia, crisis de los refugiados... “tantas crisis, que esconden el miedo y la profunda desorientación del hombre contemporáneo, y que exigen una nueva hermenéutica para el futuro”. Pero «crisis» no tiene por sí mismo una connotación negativa. No se refiere solamente a un mal momento que hay que superar. Por la paradoja de la globalización y de cómo debilita las raíces culturales, muchos de los presentes sabéis que los caracteres chinos para nombrar “crisis” hablan de amenaza y oportunidad, pero acaso ignoráis que la palabra crisis tiene su origen en el verbo griego *crino* (κρίνω), el cual significa *investigar, valorar, juzgar*. Por esto, les dijo el papa a todos los líderes europeos en el Vaticano la víspera de los 60 años de los Tratados de Roma: “nuestro tiempo es un tiempo de discernimiento, que nos invita a valorar lo esencial y a construir sobre ello; es, por lo tanto, un tiempo de desafíos y de oportunidades”.

Y por esto mismo os digo yo en este día de vuestra graduación tomaos muy en serio el proceso de interiorización de vuestra responsabilidad, porque sois los líderes que tendréis que llevar el rumbo de España y Europa. Y espero que lo hagáis con las actitudes del discernimiento que pone en el centro la conciencia y el realismo de lo concreto sin perder el horizonte de los grandes ideales; discernimiento para buscar y hallar la verdad en libertad en todas las decisiones, no sólo en las fundamentales.

Discernir requiere conocer la materia y conocerse interiormente, y buscar recta y humildemente lo bueno. No es dar un cheque en blanco al relativismo ni al hacer caprichosamente la propia voluntad. Para los creyentes, supone traspasar la superficie de las cosas y las apariencias para atender amorosamente a lo que Dios espera de uno en sus circunstancias. No despreciéis la *apertura a la vivencia religiosa personal y socialmente comprometida*. Aunque vaya contra las modas, lo religioso es una fuerza creativa y dinamizadora de cada existencia. Os dará profundidad de vida y sentido y os mantendrá en movimiento desde dentro, y no en un movimiento de superficie o *slongans*.

Una de las tradiciones que ha vivido el discernimiento con más intensidad es la espiritualidad que nos ha legado San Ignacio de Loyola, la que sostiene y nutre Comillas. Desde el carisma ignaciano, el discernimiento siempre tiene como condiciones de posibilidad ser *desde* la libertad e ir dirigido *hacia* el mayor bien, en las circunstancias concretas, y *hacia* la verdad, en el amor.

Esta orientación fundamental nació de una doble experiencia vivida por San Ignacio en un tiempo de crisis existencial profunda: (1) la vocación de servicio, que le hizo necesario (2) elegir bien, y se dio cuenta de que no lo podía hacer sin ser interiormente libre. Esa libertad que no es insensibilidad ante las personas, los acontecimientos o las circunstancias, como si nos diese lo mismo una cosa que otra. Tampoco es pasividad e impasibilidad estoica. Es pasión, es movilidad, es estar disponible..., por eso es continua elección, para servir eligiendo.

Perplejos ante los procesos que están en marcha, muchos de ellos apuntando claramente hacia la ruptura y la fragmentación, y bañados en un ambiente de “volatilidad” que afecta a casi todo, os convoco a un liderazgo que ponga la fuerza en la cultura del encuentro, donde la reconciliación sea el movimiento de fondo, y el modo de ser y estar en la vida venga marcado por la centralidad de la dignidad humana, el diálogo, el discernimiento, la colaboración leal entre todos las personas de buena voluntad y la construcción de redes, aprovechando las tecnologías y la digitalización y siendo conscientes de la fuerte ambivalencia de los medios y las novedades.

Un liderazgo que chocha con quienes están en plan de construir muros, físicos y mentales. Choca también con los liderazgos que han tomado empuje en fenómenos sociales en los que ha predominado una visión solamente negativa o conflictivista de la sociedad, que la aboca a una vía muerta e improductiva. Además es reduccionista, porque no hay pocos aspectos que agradecer y valorar positivamente.

En medio de un mundo plagado de tensiones, algunas de ellas palancas de movimiento y progreso, otras pistas hacia la destrucción, sed personas de reconciliación y encuentro, constructores de puentes y no de muros, solidarios y preocupados por el bien común, que empieza por no sucumbir a la tentación de apropiarse de bienes o dinero que son de todos, pero sigue en la búsqueda de las relaciones, alianzas y colaboraciones que más beneficien al “común”, y también en cuidar de los recursos, instalaciones o medios... Las condiciones para una convivencia digna pasan por la garantía de libertades y derechos, el favorecimiento de las relaciones fundamentales (con Dios, con uno mismo, con los demás y con la creación) y la satisfacción de las necesidades básicas de salud, energía, agua, alimentos, espacios urbanos o naturales, educación, cultura o información. Para ello hacen falta el conjunto de instituciones que estructuren jurídica, civil, política y culturalmente la vida social.

El llamamiento del bien común no puede quedarse en los políticos profesionales, llama a *la responsabilidad de todo ciudadano*. Si los miembros de una sociedad solo se consideran sujetos particulares con responsabilidades en la esfera privada, si se desentienden de los intereses generales e incluso ven en el Estado un obstáculo que hay que procurar sortear, difícilmente se podrá hablar de ciudadanía y se producirá una ruptura inevitable entre la sociedad y el marco institucional. El “privatismo ciudadano” o el “sálvese quien pueda” nunca construyen bien común.

En un mundo en el que “hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos”, esforzarse por el bien común significa tomar decisiones solidarias basadas en “una opción preferencial por los más pobres” (LS, 158). Soñad lo grande pero no os olvidéis de los pequeños y vulnerables. Nos enfrentamos a muchas tensiones y crisis –la desigualdad, el cambio climático, el desempleo...-- y para resolverlas hacen falta soluciones integrales. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030 van en esa línea de respuesta, pues promueven que el crecimiento económico sea justo, inclusivo y compatible con el medio ambiente.

Por vuestra valía y por cómo es la Universidad que es vuestra alma mater, os tiene que “mover el deseo de cambiar el mundo, de dejar algo mejor detrás de vuestro paso por la tierra” (FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 183).

Por eso grabad en el corazón que los que hemos estudiado en esta centenaria universidad, no nos hemos de conformar nunca con ser únicamente buenos en nuestro oficio, somos personas que, con alta competencia profesional, trabajamos con honestidad, justicia y verdad por crear riqueza y bienestar para el conjunto de la sociedad; ponemos en el centro a las personas y nos esforzamos por llevar una vida coherente en el conjunto de las áreas familiar, profesional, social. Personas que cultivamos los hábitos de la autorreflexión y el aprendizaje continuos, con conciencia de nuestras virtudes y defectos; capaces de señalar una dirección y establecer una visión; de trabajar en equipo, creando espacios de lealtad, afecto y colaboración. Personas con tacto para motivar a otros, que se sobreponen a los obstáculos y producen cambios, sin buscar atajos fáciles ni el éxito a cualquier precio. Personas que no se dejan manipular ni corromper.

Eso solo será posible si permanecemos arraigados en principios y valores innegociables y, desde ellos, actuamos con una gran libertad para adaptarnos confiadamente a lo nuevo; firmes en lo esencial y abiertos a la innovación y dispuestos a navegar en un mundo en vertiginosa transformación. Preparados para el mundo con humildad, sentido del esfuerzo y agradecimiento. Creo totalmente en vosotros y sé que vais a cumplir, como habéis hecho estos años, y como están haciendo miles de antiguos alumnos.

La beca y la insignia de la Universidad son símbolos que hablan de ese estilo de ser y estar en la vida; os permitirán hacer memoria de lo vivido en Comillas y reconocer a otros compañeros. Son el símbolo de relación que desde ahora os une a cada uno con Comillas y que nos compromete tanto a cada uno vosotros como a nosotros. Con la imposición de la beca y la entrega de la insignia, la Universidad manifiesta públicamente que os considera parte vital de sí misma y que cuenta con vosotros, que formáis parte de esta comunidad universitaria que os quiere y necesita.

Mi hondo deseo es que vuestro sentido de pertenencia sea a partir de ahora más consciente y vivo: como una verdadera *alma mater* universitaria. Tened en cuenta que donde esté un alumno de Comillas está de algún cierto modo presente la Universidad. Sois nuestros “embajadores” ante el mundo, y por cómo vosotros seáis y actuéis nos valorarán. Recordadlo, por favor, allí donde estéis.

A vosotros se os aplican con justicia unas palabras de Ignacio de Loyola con ellas quiero terminar: **“Ningún logro común y corriente satisfará la gran obligación que tenéis de sobresalir... lo que no sería pequeño en otros sí lo sería en vosotros”**. Y también las de Jesús en el Evangelio: **“al que se le dio mucho, mucho se le pedirá”** (Lc 12, 48).

Hoy celebramos juntos el camino que habéis recorrido y juntos pedimos fuerza para deis una respuesta digna en el futuro. ¡Enhorabuena y muchas gracias!